

Todo ello pone en el seno de mis recordaciones un poemita grácil y tierno cual el rocío que suele encubrir los pétalos de las rosas al amanecer. Dice así, en la traducción libre que de él he hecho:

«Creo no contemplar jamás
poema así bello como el árbol.

Arbol cuyas hambrientas fauces están sitas
sobre el dulce y fluyente pecho de la tierra.

Arbol que mira hacia Dios el día entero
y alza para orar sus brazos de hojas.

Arbol que puede usar en estío
nido de pájaros e sus cabellos:

sobre cuyo pecho ha descansado la nieve
y quien íntimamente con el llover ha vivido.

Los poemas son hechos por tontos como yo,
pero sólo Dios es capaz de hacer un árbol!»

Aguijoneado por este querer casi místico por el árbol, cuando estuve en Venezuela, patria de libertadores, hoy de esclavos, vi el más famoso de sus árboles históricos, el «Samán de Güere».

Este gigantesco ejemplar de la flora venezolana se eleva a la vera del camino que va de Turmero a Maracay. Evoca la memoria de acontecimientos imborrables en la historia del país; ha sido celebrado con admiración y cariño en los relatos de viajeros ilustres, y la musa del pueblo lo ha cantado en sus coplas:

«Más de mil años pesan sobre su enorme giba.
Su leyenda es el triunfo de muchas primaveras
que igualmente pasaron sobre su copa altiva
como un vuelo glorioso de bizarras banderas».

Humboldt, anciano ya, observa melancólico la figura del árbol inolvidable, y se lamenta con filosofía al comparar lo endeble y pasajero de la vida humana con la fuerza del coloso vegetal: «Ved lo que es hoy de mí; y este hermoso árbol se conserva lo mismo que lo contemplaron mis ojos hace sesenta años». El célebre viajero había acampado con Bompland a la sombra de sus soberbios frondajes.

Hasta hace cosa de un siglo, no se tenía mención que el Samán hubiera modificado el grosor de su tronco ni la amplitud de sus ramas. Mas, aun en estos semi-inmortales, el tiempo inexorable, a su pesar, deja marcas insalvables. Ramas truncas, el carcomido tronco y la rala fronda de su copa, muestran ya los estragos de la caducidad. Humboldt le calculaba más de 1000 años a principios del siglo XIX.

En 1500, Alonso Niño y Cristóbal Guerra descubrieron las fértiles tierras de Aragua, y vieron por vez primera el árbol celebrísimo, al cual tributaban los aborígenes de la comarca ardiente culto, teniéndole por una divinidad protectora y benéfica. La historia cuenta de numerosos caudillos que acamparon sus huestes a la amplia sombra del Samán, así durante la guerra de emancipación como en los días aciagos de las desgraciadas luchas domésticas de Venezuela.

Bolívar se detuvo también a su sombra durante la época más cruenta de la guerra contra la Península, cuando los valles de

Aragua eran teatro de batallas y encuentros continuos entre patriotas y realistas.

La altura del tronco es de 20 metros, y la copa hemisférica mide 187 metros. La gran proporción existente entre el tronco y la copa contribuye a la elegancia del conjunto que revela el árbol. «El Samán de Güere» ha pasado a la heráldica venezolana: figura en uno de los cuarteles del escudo del Estado de Aragua.

En los últimos días de su ministerio, cuando ya Cristo se había convencido de que su pueblo no saludaba en él al Libertador, al Mesías, siguiendo una costumbre muy cara a la mente oriental, expuso en una parábola las consecuencias que ese acto traería a la nación elegida. Narró a sus discípulos y oyentes cómo el propietario de un campo había plantado una higuera en su viñedo. No era costumbre ni lo admitía la ciencia el hacer tal cosa, pero se hacía una excepción en favor de ese árbol frutal. Era de suponerse que un árbol situado tan ventajosamente diera abundantes frutos, mas, no obstante, resultó ser estéril. Durante tres años consecutivamente el dueño del huerto buscó en vano fruta. Una higuera toma tres años para alcanzar el pleno desarrollo. Esperó otro tanto, y aun no dió fruto. El hortelano perdió ya la paciencia, y dirigiéndose al viñador, le ordenó redujera el árbol, que estaba ocupando el sitio de alguna planta viviente. Pero este último, amante, sin duda, de los árboles, interpuso su buena voluntad para que todavía le dejara otra oportunidad al árbol. Convinieron de que si el próximo año no daba fruto, la higuera sería cortada de raíz. El árbol representaba a la nación judía, favorecida entre todas. El dueño del campo era Dios, y el viñador significaba su misericordia, que aplaca las decisiones de su perfecta justicia.

Para dar este aviso providencial, para hacer palpable el peligro en que incurría todo un pueblo, no halló mejor Jesús, el más sabio de los pedagogos, que acudir a la imagen del árbol y a su vida íntima. Y no quedó sólo a título de parábola la horrible sentencia: se cumplió, al ser destruída, cuarenta años más tarde, Jerusalén, y muertos multitudes de sus mejores hijos, en el templo, su último refugio.

Y aunque el Maestro no tuvo la intención de hacer propaganda por los árboles, la hizo, al hacer coincidir la degradación de un pueblo, su destrucción, con la esterilidad

de los árboles. Ellos también dan leyes a la filosofía de la historia.

También fué desde la cumbre del hoy venerando Monte de los Olivos, que, percibiendo los esplendores de la ciudad santa, se hizo a sí mismo el contraste de lo que veían sus ojos y lo que sería esta visión gloriosa después que el ángel de la muerte hubiera batido por allí sus envenenadas alas.

Bajo la sombra de una higuera halló Cristo a Nathanael de Cana, quien, dudando al principio del extraordinario poder del reformador, no pudo sino delante suyo de prorrumpir en estas palabras: «Tú eres el hijo de Dios».

En las historias antiguas, el ambiente está saturado de árboles.

En su poema sobre los hogares de Inglaterra, Felicia Heamens los menciona en la primera estrofa:

«Cuán bellamente situados los majestuosos *hones* de Inglaterra tendidos a la sombra de señoriles árboles».

¿Qué son, sin ellos, los castillos, los palacios, las mansiones señoriales?

En su mayoría, vuélvense los hombres malos en las ciudades; se parecen a las frutas, que se pudren si se les pone juntas. ¡Oh, el despertar de una gran ciudad moderna, donde duermen agitados y nerviosos millones de seres! En los pocos espacios donde se ha dejado libre a la naturaleza, sobre los céspedes y las copas de los árboles, asilo del alegre pajarillo, hay un concierto matutino diario. Escuchad... Es la música de seres que aun pueden ser felices en este mundo tan condenado al sufrimiento.

En medio de las calamidades que nos envuelven como dañinas sombras, en medio de los rigores de una época utilitaria, el culto del árbol hace remontar nuestro pensamiento a los antepasados y a sus virtudes, sobre cuya fuerza y salud velaba como ángel tutelar.

Si queréis ser un gran pueblo, anclad fuertemente en el corazón de la patria este amor puro y civilizador.

He dicho.

ALBERTO NIN FRÍAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA